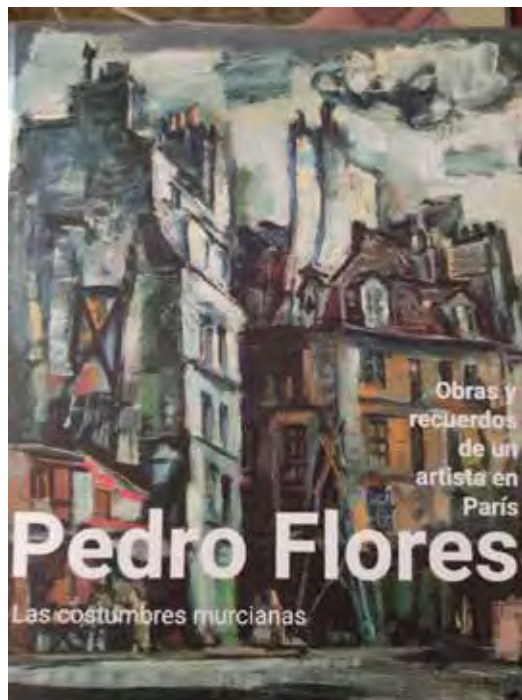


## PEDRO FLORES. OBRAS Y RECUERDOS DE UN ARTISTA EN PARÍS

Joaquín Cantón Clares



Catálogo de la exposición.

Voy caminando por la calle Obispo Frutos y me dirijo al Museo de Bellas Artes de Murcia a ver la exposición de pinturas de Pedro Flores que, bajo el título *Obras y Recuerdos de un Artista en París*, nos ha traído de vuelta a uno de los más grandes, originales y valientes pintores de la historia de nuestra región.

Tengo un ligero cosquilleo en el estómago; creo que la selección de obras que están expuestas es de gran belleza y de una calidad excepcional. Sobre todo, siento una gran curiosidad por ver juntas la colección de pinturas llamada *Las costumbres Murcianas*, que están depositadas en el Palacio de San Esteban y que no se habían expuesto después de su compra.

Pero hagamos un poquito de historia, ya que este capítulo da para escribir un libro precioso.

Estas obras nacen de la amistad de dos hombres, José Ródenas y Pedro Flores, cuyo nexos común era una profunda admiración, amistad y amor a Murcia.

Pedro Flores, al estar distanciado de Murcia casi 20 años, recuerda su tierra con gran melancolía, y durante los años 1958 y 1959, en estancias veraniegas en Bretaña y Normandía, comienza a recoger en papeles y libretas unas escenas que le vienen a su memoria y que no son más que los recuerdos de esa Murcia que tanto añora.

Envía esos pequeños *guaches* a Ródenas, que los va guardando para encuadernarlos y conservarlos, y al mismo tiempo convence a Flores para que los pase a lienzo, cosa que hace desde el año 58 hasta el 60, en un tamaño de 10 paisaje, es decir, en formato de 38x55.

José Ródenas está dentro del grupo de personas que compone la Junta para la Reforma del Santuario de la Fuensanta. Para la decoración del templo eligen como escultor a Juan González Moreno para que realice los relieves y a Pedro Flores para la decoración de la cúpula y el coro. Ródenas aconseja al Deán de la Catedral, D. Juan de Dios Balibrea, la adquisición de estos cuadros, que Pedro Flores va a vender a un precio muy asequible, ya que él nunca fue barato, pues por nada quería perder su cotización como maestro de Montparnasse.

Todo queda comprometido, y estos cuadros llegan a Murcia en el año 1.964. 40 obras de recuerdos de Murcia. Se realiza una exposición de ellos el día 22 de marzo en la Caja de Ahorros del Sureste, después llamada CAM.

Finalizada la exposición, las obras fueron guardadas en el Palacio Episcopal y de allí se trasladaron al Santuario de la Fuensanta, donde se colocaron en el frustrado Hostal, edificio anexo al Santuario, lugar donde se debían de quedar para siempre.

Y ahora comienza el capítulo más apasionante de nuestra historia. Mi buen amigo Juan Bautista Sanz, artista, galerista, persona que sabe muchísimo de arte y a quien Murcia debe mucho, me cuenta lo que pasó en estos días:

En la primavera del año 1.975 recibo una llamada de Martínez Cerezo, que por entonces estaba en Santander, avisándome de la posibilidad de que se estuviese fraguando la venta de estas obras a un arquitecto, en un chanchullo que hubiese sido histórico. Rápidamente me voy al Santuario y compruebo que las obras ya no están allí, y pregunto por ellas y por su posible paradero. Se implican en el caso los diarios *La Verdad*, *Línea* y *Hoja del Lunes*. También Juan Francisco Saldaña Fabiani, Tomás Lorente, que fue la persona que aportó la fotografía que demostraba la verdad del asunto, Miguel Fernández Aguilar, y José Belmar. Entre todos logramos abortar la venta y ayudamos a que la Diputación Provincial comprara la colección en 4,5 millones de pesetas, pero con la desgracia de que había desaparecido una de las obras, la titulada *El*

*aguilando de la huerta*, por lo que solo se compran 39. Esto finalizó con una exposición en el Patio de Luces del edificio de la Diputación de las obras adquiridas

Después de rememorar esta apasionante historia, vuelvo a la exposición. Toda ella es una delicia, un auténtico paseo por el París de la bohemia, Montmartre y las tertulias alrededor de Picasso, Modigliani y los grandes artistas de la época donde, salvo los consagrados, los demás, como dejó escrito el maestro de periodistas César González Ruano: «vivían mal, bebían bien, trabajaban mucho y vendían poco».

Por cierto, cuando Pedro Flores venía por Murcia, solía acercarse al Ayuntamiento, con un cuadro bajo el brazo, y lo dejaba para que se lo compraran por 3.000 pesetas y, así tener un dinero para volver a París. Con la mala suerte de que, en algunas ocasiones, tenía que volver a por él porque no había conseguido venderlo.

Los bodegones son magníficos, así como sus cuadros de «majas y toreros», los paisajes de París, sus homenajes a Lorca y a Cervantes, las obras cercanas al Cubismo las escenas del Quijote... Todos pintados con la fuerza en el color, la técnica del claroscuro que Flores manejaba como nadie, al igual que perspectivas muy particulares de algunos de los cuadros.

Mientras estoy sentado en un banco de la sala, mi cabeza se traslada hacia la época del pintor, sus vivencias en París, su relación con los personajes de la época y la historia que les he relatado. Pero, de pronto, una voz me indica que es la hora de cerrar y mientras se apagan las luces de las salas, miro por última vez los cuadros del llamado «Último de Montparnasse».



Pedro Flores. *Las floreras de San Pedro*.

Mi enhorabuena al comisario de la exposición, Darío Viguera Marín-Baldo, que poco a poco se va situando en la escena artística murciana como uno de los profesionales más valorados, por la selección, las horas de investigación y el catálogo, que es una joya. En él ha incluido, con su esfuerzo, hasta la edición facsímil de una conferencia de César González Ruano sobre Pedro Flores que se pronunció en Madrid el 27 de agosto de 1.965.

Salgo caminando por la calle Obispo Frutos pensando en todo lo escrito, y al pasear por las calles estrechas de la Murcia judía me asalta, de pronto, el recuerdo de mi admirado Manuel Enrique Mira, que en estas calles dejó enterrada una parte de su *Última llave*.